

**TERCER GRADO: DE FORMACIÓN APOSTÓLICA: Evangelii nuntiandi**  
**SEGUNDO TEMA: EVANGELII NUNTIANDI** (para anunciar el Evangelio)  
**CURSO DE EVANGELIZACIÓN** {lecciones 1 (4) -20 (23)}

**Lección no. 6 (9): LOS DOS IMPULSOS DE LA EVANGELIZACIÓN**  
*El testimonio del evangelizador convence, el anuncio persuade y cautiva*

**21. Importancia primordial del testimonio**

Comenzaremos por recordar lo que significa la palabra "*primordial*" que en el título de este apartado 21 califica la importancia del testimonio: primordial significa de "*primer orden*", esto es, de particular importancia.

Por eso Paulo VI hace notar que el testimonio, el ejemplo que el cristiano ha de dar ante el mundo de su vida reviste un valor relevante. Esto es lo que hacían los Apóstoles en los primeros días, antes que adoctrinar daban testimonio: «*Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús, Y gozaban todos de gran simpatía*» (Hc 4,<sup>33</sup>).

El poder de que aquí se habla era el de hacer milagros; pero la palabra simpatía nos indica que este testimonio era bien recibido. Era primordial que ellos atestiguaran que habían visto resucitado al que había sido crucificado y muerto delante de la muchedumbre a la que hablaban.

Testimonio es el acto por el cual una persona demuestra que es creíble lo que asegura. Pero el testimonio cristiano actual es otra cosa: el testigo cristiano da testimonio, no de sí mismo sino de Cristo, a quien ha conocido por el camino de la fe. El cristiano no habla de sí mismo, sino de Cristo. De esta manera da testimonio San Pablo: «*Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios*» (1 Cor 1,<sup>23-24</sup>).

El Papa pone como algo digno de imitación un comportamiento a tal grado recto y estimable, que ha de provocar el interés en aquéllos que sean testigos de ese modo de ser y de vivir.

Ante todo ha de cuidarse de aparecer —y ser— una persona que atiende al bien de los que lo rodean, sin espera de interés personal.

Es de tomarse esto muy en cuenta que todo hombre que siente que alguien se preocupa por sus problemas y necesidades materiales siente hacia ese otro un principio de estimación; de igual modo, cuando la preocupación es hacia el conjunto, el vecindario, la comunidad, la estimación ya no es sólo de uno, sino de muchos.

Cuando el cristiano comprende y acepta a los demás como son, cuando se hace uno de ellos, se "*solidariza*", es decir, "*se hace uno solo con ellos*" para emprender algo; cuando descubren que este cristiano es uno con ellos en la realización del bien común, buscarán su cooperación, ayuda, auxilio y apoyo.

Es una realidad incontrastable que aquél que sirve a otros gana no sólo aprecio, sino autoridad moral frente a ellos. Esta autoridad moral no será para su provecho, sino para influir más eficazmente en bien de los demás, particularmente en lo moral y en lo espiritual. Entonces al contar

con el valioso recurso de la autoridad moral, es cuando fácilmente se puede trabajar por el bien no únicamente de los hermanos, sino por su salvación. Porque es entonces cuando prestan oídos a sus palabras.

Continúa Paulo VI diciendo que cuando los beneficiados de este modo por el evangelizador, descubren que a él lo mueve algo distinto a lo puramente físico, material, temporal y egoísta, que suele ser lo común, se preguntarán qué otros valores están en juego en la vida de el hombre.

Así, caerán en la cuenta de que son los valores superiores de la fe en Dios como Suma Verdad, y la esperanza en Dios como Suma Bondad: si antes no lo habían valorado así, pronto comenzarán a preguntarse en su interior si aquél tendrá la razón en pensar y obrar así.

Por lo que afirma el Papa que al observar nuestro comportamiento surgirán interrogantes, profundas y comprometedoras. Si hemos sido identificados como cristianos, se nos preguntará sobre religión con sed de Dios, nos mostrarán su problemática personal con ánimo de obtener una orientación, al menos un consuelo; se nos pedirá que hagamos algo que resuelva su necesidad material, y sobre todo espiritual, que oremos por..., para..., cumpliendo el principio del que quien auxilia adquiere autoridad para ser escuchado sobre aquello que antes no les preocupaba.

Añade el Pontífice que el testimonio es elemento esencial, del que no se puede prescindir, el primero en orden de sucesos, ya que no seremos escuchados si antes no hemos dado muestras de nuestro modo de pensar, de sentir, de obrar acordes con el bien de la comunidad.

El Papa enlista a los destinatarios de esta incipiente evangelización:

- \* **Cristianos a quienes nunca se había anunciado Cristo.** No pueden ser llamados culpables, son los más necesitados al carecer hasta del mínimo de evangelización. Sorprendentemente son los más fáciles de interesar siendo no pocos que aceptan la evangelización y sed de Dios.
- \* **Los bautizados no practicantes:** Los que sólo acuden al templo para cumplir con los sacramentos y otras ceremonias como requisito de índole social. Son más fríos que los primeros al ser abordados, pero tengamos presente que el Dios Espíritu Santo que les fue infundido por el bautismo actúa dentro de ellos con su gracia, Él —como aliado nuestro— puede obrar el prodigio de su conversión. A éstos se les despierta el hambre de Dios al ser avistados por el testimonio y la razón de nuestra esperanza.
- \* **Los que viven en cristiano, pero según principios no cristianos.** ¿Son o no son cristianos? Se dicen cristianos fervorosos, frecuentan los Sacramentos, tienen prácticas religiosas auténticas, solo que...no piensan, ni viven ni actúan en cristiano. Son cristianos de tiempos, de misas, de clases, de ambientes, cristianos que forman su propia religión con preceptos, máximas, actitudes y hechos contrarios al Evangelio. Por su comportamiento parecen creyentes de un evangelio contrario al de Cristo. Para ellos la religión está sujeta a las conveniencias, así, la gracia, la doctrina, las buenas obras, la justicia social y la misericordia son conforme a su propio provecho. Se forman una religión acomodaticia, a su medida, para ser fieles practicantes de ella. Estos son

duros de convencer, son como el joven del Evangelio que se retiró de Cristo al sentir la tristeza de no poder renunciar a sus propios valores. Con todo, también hay que evangelizarlos, acaso con más oraciones.

\* **Los que buscan a tientas algo o a Alguien** a quien no pueden dar nombre, aunque tienen una imprecisa esperanza en Él. Estos llevan ya la semilla de la conversión en su interior –semilla sembrada en medio del dolor y la necesidad– sólo hace falta un cultivador que la riegue, la cuide, la haga germinar y crecer ¡Cuántas veces la falta del labrador los lleva a la desesperación!

Cierto que en este mundo existen muchos que quieren pasar por benefactores con la idea de posesionarse, para valerse de ello en su propio beneficio. El cristiano demostrará a la larga y a la corta, que no lo mueve ningún interés personal propio. Esa es la diferencia. La respuesta a las preguntas del porque su modo de ser será para aquéllos un principio de evangelización, sin alardes, pero efectiva, pues al saber que el origen del modo de ser del cristiano radica en la firmeza de la fe en una doctrina, en una promesa, que les proporciona una inmovible seguridad, en suma, en los valores propios del Evangelio, nacerá en ellos el deseo de participar de esos valores que en aquél han descubierto.

Dice Paulo VI que esto es extensivo lo mismo a los no cristianos que a los cristianos que no viven el Evangelio. Es que hoy abundan en los países que antes constituyeron la "*Cristiandad*", hombres y mujeres bautizados que no viven según la doctrina de Cristo, que no conocen en absoluto el Cristianismo; que, como el mismo San Paulo VI dijo en una de sus catequesis semanarias: «*Son cristianos porque recibieron el bautismo y su nombre quedó inscrito en el padrón de alguna parroquia*».

Estos necesitan ser evangelizados desde la base. Para ellos el valor de nuestro testimonio en función de evangelización cuenta tanto como para los otros. De su conversión somos directamente responsables.

Termina Paulo VI este párrafo recordándonos que todos tenemos participación en el deber de evangelizar, y en tal situación, es de todos llegar a ser evangelizadores, y en esto todas las Parábolas que hablan del Reino de Dios nos apremian.

Un punto que el Papano dejó pasar por alto es el de los cristianos que emigran, que salen de su país natal, o de su lugar de origen a otros puntos del propio país, sea de manera temporal, o para siempre; pueden estos impartir la semilla del Evangelio en los lugares a los que se dirigen.

De hecho, aunque el motivo que los lleve inicialmente no sea el de misionero, con todo, ellos pueden convertir en doble su propósito si parte de su tiempo lo dedican a la evangelización entre los habitantes de las nuevas tierras, o al menos entre sus compatriotas con los que emprenden el viaje con ellos, para que el ambiente no cristiano no los absorba.

No es preciso decir esto de los que van más allá de las fronteras de su patria. Aquí mismo, las grandes ciudades ven llegar año con año oleadas de mujeres, hombres y niños que de las rancherías, aldeas y pueblos pequeños se ven obligados a salir para poder ganarse el sustento. Gente de costumbres sanas, de religiosidad popular profunda, que

llega a hundirse en el mar de la población urbana; ésta con otras costumbres, muchas veces con desviaciones, constituye serio peligro para el inexperto fuereño que verdaderamente necesita un periodo de adaptación al nuevo ambiente, bajo el peligro de perderse.

Paulo VI cita a Tertuliano, sacerdote del siglo II, y su obra en defensa del cristianismo: "*Apologeticum*" (39). Ahí describe cómo viven, qué son, cómo conviven los cristianos, para de ese modo tratar de convencer a los paganos. En este punto la obra de Tertuliano mira precisamente al testimonio como instrumento de evangelización, pues por el ejemplo que dan los cristianos pretende conseguir que los paganos se conviertan.

Con todo, no es suficiente el ejemplo, si el testimonio no es seguido del «*dar razón de nuestra esperanza*» (1 P 3, <sup>15</sup>).

Es lógico, ya que, si como dijimos antes, el testimonio va a despertar curiosidad en los que observan, se seguirán las preguntas de que se habló, y las respuestas tendrán que venir tarde o temprano, o el fruto del ejemplo corre el riesgo de perderse con sus efectos.

Y fijémonos que el hablar lo califica de «*palabra de vida*». Esto es, que de nuestro hablar se sigue, con su conversión, que ellos entren a la verdadera vida, la vida de Dios a la que han sido llamados «*¡Imaginar que yo puedo dar la vida con mi palabra; que yo pueda ser palabra de vida!*».

Describe San Paulo VI el contenido del anuncio:

- \* **Ante todo, anunciar el Nombre de Jesús**, expresión que, como vimos en el primer grado, significa hablar de la Persona de Cristo, su misión traída del Padre; su redención, muerte, resurrección y glorificación.
- \* **El segundo paso es su doctrina**: es el mismo orden que Cristo siguió en su vida pública. Cuando sabemos interesar a los que escuchan con una atinada presentación de la Persona del Señor, la transmisión de su doctrina es oída con el mismo interés, y esto constituye en sí la introducción a la vida eclesial. Es su primera participación en la Iglesia.
- \* **Exponer la vida de Cristo tiene como fin proponerlo como modelo de vida**, y en esto comienza el camino de perfección. Es invitarlos a un cambio de modo de ser, de costumbres, pensamientos y de acción a la manera de Jesús.
- \* **En la proposición de las promesas debe hacerse énfasis en la fidelidad de Dios**, cuya confianza ha de ser para nosotros la roca que como un firme cimiento, en nuestra existencia nos hará soportar todos los vendavales de la vida terrena sin que titubee nuestra fe.
- \* El Reino y el Misterio de Jesús a veces se confunden. Todo es misterio y por eso imposible de contemplar, menos de entender. Aquí el mérito de la fe: creer sin haber visto, como dijo el Divino Maestro a Tomás. Con todo, debemos aceptarlo porque es el único camino de salvación.

Recomienda que el anuncio que hagamos al dar la explicación pedida, debe ser claro, suficientemente libre de falsas interpretaciones o desviaciones que pudieran llevar al interlocutor a falsos conceptos de religión y de Cristo. Cuántas desviaciones hacia una triste y deformada imagen de Jesús se hacen pretendiendo «*no que el hombre sea a semejanza de Dios, sino que Dios sea a semejanza del hombre*».

También debe darse, no una respuesta vaga, que no lleve totalmente al conocimiento de la verdad, sino que de manera precisa debe ser dado a conocer el nombre, la doctrina. La vida, las promesas, el Reino y el misterio de Jesucristo: Dios y hombre verdadero.

Poco a poco nos va llevando el Pontífice a esta convicción: si como cristianos hemos de ser evangelizadores, también hemos de ser buenos evangelizadores, evangelizadores de ser capaces de dar razón de nuestra fe. No de una manera que al fin resulte equívoca, débil, incompleta, y a la postre inútil, sino llena de certidumbre, de fuerza evangélica, plena de información que del todo satisfaga.

Cuanto conviene que con detenimiento leamos y releamos para nuestra instrucción más completa ese discurso de San Pedro contenido en (Hech 2, <sup>14-36</sup>) que se complementa en (Hch 3, <sup>12-26</sup>). Es muy ilustrativo también el discurso de San Esteban (Hch 7, <sup>2-53</sup>).

Trae a cuento el Papa toda la historia de la Iglesia: su único fin es evangelizar; de modo que la historia de la evangelización de los pueblos corre pareja con la historia profana de esos mismos pueblos. Pero en cada momento de esa historia se suscitan estas preguntas angustiosas:

- \* ¿A quién enviar para anunciar el misterio de Jesús? Hoy también subsiste esta pregunta, y la única respuesta sólo los cristianos de hoy podemos darla con nuestro desprendimiento y *generosidad*: «*Heme aquí que vengo a hacer tu voluntad*» (Sal 40, <sup>8</sup>; Hb 10, <sup>7</sup>).
- \* ¿En qué lenguaje anunciar este misterio? Debe ser un lenguaje atractivo, que provoque confianza, comunicativo, paciente, convincente, amistoso, servicial, evitando confrontaciones que bloquean y cierran las puertas y los oídos para nunca más dar oportunidad al paso de la verdad. Paciente porque sabe esperar siempre otra oportunidad, por lo que no fue hoy, acaso será mañana.
- \* ¿Cómo lograr que resuene y llegue a todos aquellos que deben escuchar? Sólo hay un camino ante tanta necesidad de evangelización: la oración: Pedir al Señor que envíe más y más evangelizadores, que abra los oídos sordos inconscientes que rechazan la llamada de Dios. Recordemos que el apóstol le toca anunciar y rezar proclamar y rogar.

La preocupación de Paulo VI, la falta de evangelización hablar de evangelizar a los pueblos todos de la tierra –tarea esencial de la Iglesia– es hablar de algo de proporciones gigantescas, sólo posible porque la gracia divina y la decisión del Padre por nuestra salvación están presentes, ya que de nuestra parte es algo imposible a las fuerzas humanas.

¿A quién enviar a anunciar el Evangelio? Es una pregunta que podría pasar desapercibida en su importancia si no mediara una profunda reflexión: la Iglesia somos millones de católicos esparcidos (**ne**: el *Pontificio anuario 2020 de la Santa Sede marca 1,300 millones*) por toda la faz de la tierra, y así deberíamos ser 1,300 millones evangelizadores. Y sin embargo, sigue siendo verdad lo que dijo Cristo: «*La mies es mucha y los obreros pocos*» (Mt 9, <sup>37</sup>).

Cuando el Concilio Vaticano II emite el Decreto “*Apostolicam actusitatem*” (**ne**: *La actividad apostólica*), parece que descubre una fuerza evan-

gelizadora que ahí estaba latente, semidormida, en el seno mismo de la Iglesia: ¡todos los laicos pueden ser agentes de evangelización! Parecía que la fuerza descubierta era avasalladora, suficiente para completar la evangelización del mundo rápidamente. Y con todo, los años posteriores al Concilio han demostrado, una vez más, que «*los obreros son pocos*» (Mt 9, <sup>37</sup>). Pocos son lo que se deciden; pocos, muy pocos, los que se preparan adecuadamente, pocos, más pocos los que perseveran. Poquísimos los que escuchan el llamado de Cristo y varían su seguimiento.

Las últimas palabras en este número hacen ver el tamaño de la misión con ánimo de despertar en nosotros la preocupación por la preparación y atención que debemos prestarle: es tan grande la importancia del anuncio del Evangelio –el kerigma– (ne: κήρυγμα, *gerima* = voz, palabra, mensaje) dice, que llega a constituir para algunos un sinónimo de la evangelización esto es que el sólo anuncio de la salvación parece ser ya la evangelización misma. La verdad es que es tan sólo su inicio, un componente de ella.

En los dos números siguientes, Paulo VI ha querido narrarnos, como en una película, los pasos que tiene que recorrer el hombre: desde recibir la primera noticia sobre el Cristianismo, hasta llegar a ser un apóstol más.

### 23. Hacia una adhesión vital y comunitaria

El cambio interior se inicia en un momento preciso: esto ocurre cuando el hombre “*escucha*”; (no dice “*oye*”, sino “*escucha*”), es decir, cuando presta atención a la proclama del Evangelio. En la vida práctica del evangelizador, sabemos, éste se encuentra con muchos, muchísimos que “*oyen*” y con pocos, muy pocos que “*escuchan*”.

Y todavía ocurre que buena parte de las que escuchan, cierran los oídos y el corazón impedidos por las pasiones, las conveniencias y los atractivos del mundo, según la parábola del sembrador (Mt 13, <sup>3-23</sup>).

Así, cuando el apóstol es escuchado por alguien, él ha de provocar el siguiente paso: el que ha escuchado ha de dar el paso que nadie puede dar por él: “*aceptar la Palabra*”, su “*respuesta*” al Evangelio.

Entre la proclamación, la escucha y la aceptación ocurre algo semejante a lo que vemos en primavera cuando las aves se aprestan a anidar: el reclamo de un pajarillo que busca pareja, el acercamiento de ésta y su respuesta aceptando la nidación. El Cantar de los Cantares se vale de esta figura: «*¡Qué bella eres, amada mía, qué bella eres! Palomas son tus ojos a través de tu velo...*» (Ct 4, <sup>1</sup>). Es el reclamo, la invitación. Luego viene la escucha: «*Yo dormía, pero mi corazón velaba ¡La voz de mi Amado que llama!...*» (Ct 5, <sup>2</sup>). Ahora la aceptación: «*Me he quitado mi túnica, ¿cómo ponérmela de nuevo? He lavado mis pies, ¿cómo volverlos a manchar?*» (Ct 5, <sup>3</sup>).

La aceptación es la resolución de la entrega: ¡no más sin Jesús! «*Maestro, te seguiré donde quiera que vayas*» (Mt 8, <sup>19</sup>). «*Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos: Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, y les dice: ‘Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres’. Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron*» (Mt 4, <sup>18-20</sup>). Es la “*adhesión*” de que nos habla Paulo VI.

*Prohibida su reproducción por cualquier medio, sin autorización por escrito*

Terminada la primera fase en la conversión con la adhesión (**ne: del latín ad = cerca de, "ese" = ser, estar. Significa un estrechamiento de relaciones, un coincidir en todo, no querer nada sin el otro**). La verdadera adhesión se demuestra en la prueba: «Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis a mi Amado, ¿qué le habéis de anunciar?...Que enferma estoy de amor» (Ct 5,<sup>8</sup>). Y es que la aceptación seguida de la adhesión, es el convencimiento de que no hay bien mejor que Dios: «Mi amado es fúlgido y rubio, distinguido entre diez mil...» (Ct 5,<sup>10</sup>).

Si, dice Paulo VI, debe existir adhesión, pero una adhesión aceptando las verdades de su enseñanza por medio de la Iglesia, que es su camino de salvación.

La adhesión a Cristo por el Evangelio, cuando es real, mediante los Sacramentos necesariamente nos llevará a la vida comunitaria. El «no es bueno que el hombre esté solo» del Génesis (2,<sup>18</sup>) será válido siempre como también lo será el que Dios busque para el hombre la compañía necesaria. Es lógico, pues, el hombre, es un ser sociable por naturaleza.

Bien puede decirse que un signo de que el hombre ha conseguido su adhesión a Cristo es que por sí mismo busque la manera de insertarse en la comunidad eclesial: es una necesidad que se siente y que mueve a la reunión, al encuentro y participación de lo espiritual.

Fue lo que sucedió en los primeros días de la Iglesia: «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión a la fracción del pan y a las oraciones» (Hec 2,<sup>42</sup>). Necesitaban reunirse con los demás.

Dice el Papa que la Iglesia continúa su función de servir de signo de unión con Dios y de unidad con los hermanos; así es como se integra el Pueblo de Dios, por la reunión de los que han creído en la Palabra de Cristo y se reúnen en su nombre según Él dijo: «Cuando yo sea levantado de la tierra (aludiendo a su crucifixión) atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,<sup>32</sup>).

Por esto Cristo, por medio de la Iglesia, ha de influir sobre toda la vida social del hombre, desde la familia, la sociedad civil, la nación y el consorcio de las naciones, eliminando la dispersión obra del pecado.

#### **24. Impulso nuevo al apostolado**

Cuando verdaderamente se ha operado dentro del hombre la conversión, no tarda en convertirse en activo propagandista de la Palabra de Dios. Paulo VI llama a esta actitud de interés por la difusión del Evangelio que adquiere el converso "la piedra de toque" de la conversión.

Alude a la sustancia usada por los orfebres para reconocer la calidad del oro que compran: si el metal tocado por la piedra no sufre alteración al ser atacado por ella, señal es de que el oro es puro. Del mismo modo, sólo cuando el converso se interesa por la difusión del Evangelio recibido, se puede decir que en él se operó ya la evangelización.

Un concepto egoísta de la religión, por muy piadoso que aparezca el individuo, no es evangelización completa, pues el primer fruto del Evangelio es el deseo de participarlo y que llegue a ser de todos conocido. Es lo que le ocurrió a la samaritana al conocer a Jesús: darlo a saber entre los suyos (Jn 4,<sup>42</sup>).

Es muy importante crear y mantener en todos el espíritu de la evangelización, que son evangelizadores. Sin esto podremos perseverar durante algún tiempo, pero luego vendrá el desgano y la apatía que tienen como origen dedicarse a algo de cuya importancia no se está convencido.

Cuando realmente hemos sido "calados" hasta lo más profundo por el Evangelio, cuando la conversión se ha realizado plenamente, cuando el espíritu evangelizador late apasionadamente allá dentro, entonces es cuando se entiende a San Pablo en su grito angustioso: «*Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un bien que me incumbe. ¡Ay de mí sino predicara el Evangelio!*» (1 Cor 9, <sup>16</sup>).

Para terminar, Paulo muestra una vez más los elementos de la evangelización los cuales también sirven para determinar los pasos a seguir.

- \* **Renovación de la humanidad:** Es el objetivo por conseguir, a partir de la conversión de la persona. Sólo el Evangelio ha sido capaz en la historia de la humanidad levantarla cuando decae hasta la autodestrucción. Salvarla de su ruina y renovarla para que llegue hasta el fin de los tiempos cumpliendo su vocación hacia la vida eterna, es propósito fundamental del Evangelio y de la Iglesia.
  - \* **Testimonio:** Elemento indispensable, convincente más que la palabra. Dice Jesús: «*Brille vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre Celestial*» (Mt 5, <sup>16</sup>).
  - \* **Anuncio explícito:** Se debe hablar sin limitaciones, con claridad, en defensa de la verdad, de la justicia y dignidad del hombre, como Cristo mismo lo enseña: «*Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz, y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados*» (Mt 10, <sup>26-27</sup>).
  - \* **Adhesión del corazón:** Es la decisión de seguir a Cristo con fidelidad invariable, esa que permite construir en el evangelizador una firme esperanza, conforme al decir de San Pedro: «*Así pues, hermanos míos amados, manteneos firmes, incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor; conscientes de que vuestro trabajo no es en vano en el Señor*» (1 Co 15, <sup>58</sup>).
- Es la confesión que brota de quien llegó a tener la mente convencida y el corazón intensamente enamorado de Dios. El apóstol que, de perseguidor de la Iglesia, se tornó en admirable columna.
- \* **Entrada en la comunidad:** El evangelizador no puede ser un cristiano activo y aislado. Cuando realiza la misión de la Iglesia, lo hace en nombre de la Iglesia. Anuncia y lo hace como enviado que lleva el mensaje que la Iglesia le encarga. La legitimidad de su mensaje estriba en la autoridad del Obispo que lo envía, sea por sí mismo o a través de los sacerdotes, sus colaboradores. Es la comunidad eclesial la que lo respalda y ora por el éxito de su empresa.
  - \* **Acogida de los signos:** la vida sacramental viene como alimento primordial de la vida eclesial. Cristo en su infinita bondad nos dejó en ellos una manera sensible de percibir la recepción de la gracia, y el que ingresa a la comunidad ha de nutrirse eficazmente con ella.
  - \* **Iniciativas de apostolado:** La semilla plantada, cultivada y floreciente da fruto; cuando el evangelizador llega a concebir la ilusión por evangelizar, el fruto ha madurado: ha surgido un nuevo evangelizador.